

## CAPITULO VI.

### LA CIUDAD DEL BIEN Y LA CIUDAD DEL MAL.

SUMARIO.—Influencia del mundo superior sobre el inferior, probada por la existencia de la Ciudad del bien y la del mal.—Lo que son estas dos ciudades consideradas en sí mismas.—Todo hombre pertenece necesariamente á la una ó á la otra.—Necesidad de conocerlas á fondo.—Extension de la ciudad del mal.—Respuesta á la objecion que de ella se saca.—El mal no constituye sino un desorden más aparente que real.—Gloria que ocasiona á Dios.—Los combates del hombre.—El poder del demonio sobre el hombre proviene del hombre y no de Dios.—Dios no ha intervenido en el mal sino para prevenirlo, contenerlo y repararlo; pruebas.

De las cuatro verdades que forman la base de esta obra, tres las hemos probado ya. Dos espíritus opuestos se disputan el imperio de la creacion; hay un mundo sobrenatural: este mundo se divide en bueno y malo.

Los dos espíritus son: por una parte, el Espíritu Santo, el espíritu de Dios, espíritu de luz, de amor y de santidad, que tiene á sus órdenes legiones de ángeles, llamados por San Pablo *Espritus administradores enviados á administrar, para cuidar de los elegidos.* (Hebr. I, 14). Por otra parte, Lucifer ó Satanás, el arcángel caído, espíritu de tinieblas, de odio y de malicia, que manda un ejército de espíritus perversos, incesantemente ocupados en hacer de cada hombre un cómplice de su rebelion, para convertirlo en compañero de sus suplicios. (Eph. IV, 11).

En un trabajo donde constantemente hemos de estar tratando de los agentes sobrenaturales, era indispensable es

tablecer, ante todo, estos dogmas fundamentales, sobre los cuales reposa además la verdadera filosofía de la historia.

Réstanos establecer la cuarta verdad: la influencia del mundo sobrenatural, bueno ó malo, sobre el mundo inferior. Ya la hemos indicado, pero una indicacion no es bastante. El estudio profundo de esta doble influencia, de sus caracteres y su extension, es uno de los elementos necesarios de la historia del Espíritu Santo. Como en pintura el estudio de las sombras es indispensable al estudio de la luz, así en la filosofía cristiana el conocimiento de la redencion no se puede separar del de la caída.

Pues la certidumbre de este nuevo dogma está afirmada por un hecho, luminoso como el sol, palpable como la materia, íntimo como la conciencia: hablamos de la Ciudad del bien y la Ciudad del mal. "Dos amores, dice San Agustín, fundaron dos ciudades."

Los dos espíritus opuestos, con las fuerzas de que disponen, no permanecieron ociosos en las regiones inaccesibles del mundo superior. Su presencia en el mundo inferior es permanente. Si continúan invisibles en sí mismos, sus obras son palpables. Tal es su influencia, que cada uno de ellos ha hecho un mundo, ó por repetir la palabra del gran doctor, una ciudad á su imagen. Estas dos ciudades, tan visibles como la luz, tan antiguas como el mundo, tan extensas como el humano linaje, tan opuestas entre sí como la noche y el día, acusan como autores dos espíritus esencialmente diferentes. Esas dos ciudades son la *Ciudad del bien y la Ciudad del mal*. Para conocerlas bien, es menester, ante todo, considerarlas en sí mismas.

Toda sociedad, siendo un desarrollo del hombre, que se compone de alma y cuerpo, tiene una parte palpable y otra espiritual. En la ciudad del bien como en la del mal, la



parte palpable y la visible es la reunion de los hombres que las componen. Bajo el nombre de buenos y de malos, ó como dice la Escritura, de *hijos de Dios é hijos de los hombres* los miembros de estas dos ciudades existen desde el origen de los tiempos, y se dan á conocer en cada página de la historia. Nosotros los vemos, nos codeamos con ellos y nos contamos entre los unos ó entre los otros. Probar este hecho seria cosa supérflua. Además, nadie lo contradice, excepto el salvaje civilizado, bastante embrutecido, para negar la distincion del bien y del mal; pero la negacion del bruto no se cuenta.

La parte invisible de las dos ciudades es el espíritu que las anima. Entendemos por esto los fundadores y gobernadores de la una y de la otra, por consiguiente, la accion real, permanente y universal del mundo superior sobre el inferior, del mundo de los espíritus sobre el mundo de los cuerpos.

De estas dos ciudades la una se llama la Ciudad del bien. Y la razon es, que su fundador y su rey es el espíritu del bien; sus gobernadores y guardianes los ángeles buenos; sus ciudadanos todos los hombres que trabajan en su deificacion en conformidad al plan trazado por el mismo Dios. Esta ciudad es el orden universal. Ella es el orden, porque toma por regla de su voluntad la voluntad misma de Dios, que es el orden soberano. Ella es el orden, porque su pensamiento subordinando lo finito á lo infinito, lo presente á lo porvenir tiende á la eternidad, objeto de todos sus esfuerzos y aspiraciones; pues la eternidad es el orden, ó el reposo inmutable de los seres en su centro. Ella es el orden universal, porque en esta ciudad todo está en su lugar: Dios arriba y el hombre abajo.

Esta ciudad es el *Catolicismo*. Inmensa y gloriosa fami-

lia nacida con los tiempos, compuesta de ángeles y fieles de todos los siglos, y cuyos miembros, separados hoy, mas no desunidos, forman la Iglesia de la tierra, la Iglesia del Purgatorio, la Iglesia del Cielo, hasta el dia en que confundándose en un abrazo fraternal las tres, no formarán más que una iglesia eternamente triunfante.

La otra es la Ciudad del mal. Se llaman así, porque su fundador y su rey es el espíritu del mal, sus gobernadores los ángeles condenados; sus ciudadanos todos los hombres que trabajan en su pretendida deificacion conforme á las reglas dadas por Satanás. Esta ciudad es el desorden, el desorden universal. Es el desorden, porque se toma á sí misma por regla, sin tener en cuenta la voluntad de Dios. Es el desorden, porque rompiendo con su pensamiento las relaciones entre lo finito y lo infinito, entre lo presente y lo porvenir, se concentra en los limites del tiempo, cuyos goces forman el único objeto de sus aspiraciones y trabajos. Es el desorden universal, porque en ella nada está en su lugar: el hombre arriba y Dios abajo.

Esta ciudad es el *Satanismo*. Inmensa y repugnante familia, nacida de la rebelion angélica, compuesta de los demonios y los malvados de todos los países y de todos los siglos, siempre con fiebre de libertad y siempre esclava, siempre anhelante de la felicidad y siempre desdichada, hasta el dia en que el último trueno de la cólera divina la hará entrar en orden á la fuerza, precipitándola entera en los abismos abrasados de la eternidad. Allí, por no haber querido glorificar el eterno amor, glorificará la inexorable justicia. (1)

1. Fecerunt itaque civitates duas amores duo; terrestrem scilicet amor sui usque ad contemptum Dei; coelestem vero amor Dei usque ad contemptum sui *S. Ang.*, *De Civ. Dei*, lib. XIX., c.



Se ve, pues, que como no hay tres espíritus, tampoco hay tres ciudades, no hay mas que dos; y estas abrazan el mundo superior y el inferior, el tiempo y la eternidad. De aquí nace para cada criatura inteligente, ángel ú hombre, la indeclinable alternativa de pertenecer á la una ó á la otra, más acá ó más allá de la tumba. "Haga lo que haga, nos gritan con voz infatigable la razon, la experiencia y la fe, el hombre vive necesariamente bajo el imperio del Espíritu Santo ó bajo el de Satanás. Que quiera ó que no quiera, es ciudadano de la Ciudad del bien ó de la del mal." (1)

El hombre es libre para escoger Señor, más no para dejar de tenerlo. Si se sustrae á la accion del Espíritu Santo, no por eso se hace independiente, sino que cae en una proporcion que corresponde á su defeccion, bajo la accion de Satanás: Y esto que es verdad del individuo, lo es igualmente de la familia, de la nacion y del humano linage todo entero.

Luego es asunto de interés supremo para el hombre conocer á fondo las dos ciudades, mansion la una de la vida y la otra de la muerte, vestíbulo del cielo la primera y del infierno la segunda. Conocerlas á fondo, es conocerlas en su gobierno, en su historia, en sus obras y en su objeto. Iniciarnos en este conocimiento decisivo y tan raro en nuestros dias, será el objeto de los capítulos siguientes. Pero antes de abordarlo, hay un punto que debe esclarecerse.

El mudo está dividido entre las dos ciudades, y la más extensa es la del mal. Segun las estadísticas más recientes, la tierra está poblada por mil doscientos millones de XXIII, et lib. XI, c. XXXIII, donde se encuentra un retrato sorprendente de las dos ciudades.

1. Quisque enim aut Spiritu Sancto plenus est, aut Spiritu immundo; neque utrumque horum caveri potest, quin alterum accidere necesse sit. *Constil apostol.*, lib. IV, c. XXI:

habitantes. En este número se cuentan apenas doscientos millones de católicos. Todo el resto, *exteriormente* á lo ménos, vive y muere bajo la dominacion del mal Espíritu. Nada prueba que esta proporcion no haya sido siempre la misma que hoy. Antes de la Encarnacion del Verbo, era aún mucho más pronunciada en favor de Satanás.

¿En que consiste este misterio, piedra de escándalo para el débil, caballo de batalla para el impío? ¿Cómo conciliarlo con la idea de Dios y las enseñanzas de la fé? A fin de no dejar inquietud ninguna en los ánimos, nos parece necesario allanar anticipadamente esta dificultad, que la continuacion de nuestro trabajo haría crecer todavía. Todo lo que pretendemos, y todo lo que se nos puede exigir es, no explicar lo que es inexplicable, sino probar que la division del género humano entre el Espíritu bueno y el malo, no presenta ninguna contradicción con los atributos de Dios, ni con las doctrinas reveladas. Para desvanecer la dificultad, esto basta.

Convenimos en que el formidable poder del demonio sobre el hombre y sobre las demás criaturas es un misterio. Más esto, ¿qué prueba? Dentro de nosotros y á nuestro alrededor, en la naturaleza lo mismo que en la religion, ¿no está todo lleno de misterios? *Nosotros no comprendemos el todo de nada*, ha dicho Montaigne, ni lo comprenderemos jamás. La naturaleza y la gracia, obras ambas de Dios, por todos los puntos tocan á lo infinito: comprender lo infinito es tan posible para el hombre como encerrar el Oceano en una cáscara de nuez. Pero el misterio de un hecho no quita nada á la certidumbre del mismo: hasta el incrédulo más osado se ve precisado á confesarlo: cada una de sus respiraciones es un acto de fé en misterios incomprensibles: en el instante en que cesara de creer, cesaria de vivir.



¿Se pregunta por qué Dios ha permitido ese terrible poder del demonio? ¿Por qué con tales límites más bien que con otros. Pregunta impertinente. ¿Quién es el hombre para exigir á Dios la razon de su conducta, y para decirle: ¿por qué has hecho esto? Si se atreve á ello, desdichado de él, porque escrito está: *El que escudriña la magestad será oprimido por la gloria.* (1) Y dos veces desdichado si se atreve á añadir: Puesto que no lo comprendo, me niego á creerlo. Tal pretension, erigida en principio, es el suicidio de la inteligencia. La inteligencia vive de la verdad: toda verdad encierra un misterio: pretender no admitir sino lo que se comprende, es condenarse á no admitir nada. No admitir nada es más que el embrutecimiento, es la nada.

Sin embargo, el poder del demonio y la obediencia culpable del hombre á sus perversas inspiraciones, estudiándolas sin preocupacion, pierden una parte de su misteriosa oscuridad. Se vé desde luego, que constituyen un desórden puramente pasajero, y más aparente que real, y en seguida se comprende que nada tienen de contrario á la perfeccion divina.

Desórden pasajero. La lucha del Espíritu del mal contra el Espíritu del bien tiene por límite la duracion del tiempo. Comparado á la eternidad que le precede, y á la eternidad que le subsigue, el tiempo es ménos que un dia. Para discurrir, pues, razonablemente del órden providencial, es menester unir el tiempo á la eternidad, al modo que para juzgar sanamente de una cosa, se la considera no en un punto aislado, sino en su conjunto. Conforme á esta regla de sabiduría, el desórden, medido por la duracion del tiempo, es relativamente al órden providencial en su generali-

1. Qui scrutator est majestatis opprimetur á gloria. *Prov.*, xxv, 27.

dad, lo que una nube fugitiva en un horizonte resplandeciente de luz.

Desórden más aparente que real. El objeto principal de la Creacion y la Encarnacion, como de todas las obras exteriores de Dios es su gloria. (1) El objeto secundario es la salud del hombre. La gloria de Dios es la manifestacion de sus atributos, poder, sabiduría, justicia, bondad. Que la lucha entre el bien y el mal existia ó no; que sea favorable al hombre ó desfavorable; que el hombre se pierda ó se salve, no por eso Dios habrá dejado de conseguir su objeto esencial. El infierno no canta su gloria con menos elocuencia que el cielo. Si el uno proclama la bondad divina, el otro proclama la justicia; y la justicia no es en Dios un atributo menos glorioso que la bondad. (2)

1. Uniuersa propter semetipsum operatus est Dominus, *Prov.*, xvi, 4.—Propter me, propter me faciam, ut non blasphem r: et gloriam meam alteri non dabo. *Is.*, xlviii, 12.

2. Divina intentio non frustatur nec in his qui peccant, nec in his qui saluantur. Utrumque enim eventum Deus praecognoscit, et ex utroque habet gloriam, dum hos ex sua bonitate saluat, illos ex sua justitia punit. Ipsa vero creatura intellectualis, dum peccat, á fine de bito deficit. Nec hoc est inconveniens in quocumque creatura sublimi. Sic enim creatura intellectuali instituta est á Deo, ut in ejus arbitrio positum sit agere propter finem. *S. Th.*, 1. p. q. 63, art. 7.

Sin duda Dios ha previsto desde toda la eternidad la caída de los ángeles y del hombre; pero esta prevision divina no ha perjudicado en nada á la libertad de los ángeles y del hombre. Los ángeles y el hombre no han caído *porque* Dios lo ha previsto, sino que Dios lo ha previsto *porque* ellos han caído. De otro modo, Dios sería autor del mal, sería el mal. Que la vision eterna de Dios no dañe á la libertad del hombre, es fácil demostrarlo. Yo veo á un hombre que se pasea. Mi vista no le impone ninguna necesidad de pasear. Sin que obste el que yo le vea, puede él cesar de pasearse. Del mismo modo la presciencia, ó mejor dicho, la vista de Dios no impone ninguna necesidad á los actos libres. Sin que obste el que Dios vea, yo soy libre para cesar de los actos que ejecuto y aun para hacer los contrarios.



En cuanto á la salvacion del hombre, Dios la hace siempre posible, y mucho más gloriosamente la obtiene por la guerra que por la paz. En el orden actual, dice en alguna parte San Agustin, mil pecadores que se pierdan no pueden quitar á Dios tanta gloria como le da un solo justo que se salve. Para perderse, bástale al hombre abandonarse á sus inclinaciones depravadas; en tanto que para salvarse necesita vencerlas. Un instante de reflexion muestra suficientemente, cuánta gloria resulta á Dios de semejante victoria.

¿Qué es el hombre y que son sus enemigos? El hombre es una caña, y caña inclinada naturalmente hácia el mal. La naturaleza entera rebelada contra él, parece haberse conjurado para aplastarlo. En torno de él millares de animales malignos ó molestos, ó de mortífero diente ó de veneno más mortífero todavía, atentan noche y dia á su reposo, á sus bienes y á su vida. Encima de él, el cielo que le ilumina y el aire que respira, convirtiéndose unas veces en yelo, otras en fuego sofocante, ponen la conservacion de sus dias á precio de mil cuidados fatigosos y de precauciones continuas. En el término de su dolorosa carrera se le presenta en perspectiva la tumba con sus tristes misterios de descomposicion y de gusanos. Entretanto, la enfermedad bajo todas formas, con su innumerable cortejo de dolores, los unos más vivos que los otros, le asedia desde la cuna y le excita incesantemente á irritarse, á murmurar, y aun algunas veces á la desesperacion y la blasfemia.

En vez de aliviarle la carga, los compañeros de sus peli-

En una palabra Dios ha querido que los ángeles y el hombre fuesen libres, para que fueran capaces de mérito. Nosotros tenemos sentido íntimo de nuestra libertad. Luego la presciencia de Dios no ha perjudicado en nada á la libertad de los ángeles ó de Adán, y en nada tampoco perjudica á la nuestra.

gros y trabajos, frecuentemente no sirven sino para agravarla. La mitad del linaje humano parece criada para atormentar á la otra mitad. Condenado á cultivar una tierra erizada de espinas, come el pan humedecido casi siempre con el sudor y las lágrimas. Como el forzado, arrastra penosamente sobre el áspero camino de la vida la larga cadena de sus esperanzas burladas. Hoy le vereis rico y acompañado; mañana en la pobreza y el aislamiento. Su existencia física no es sino una sucesion continua de engaños, de servidumbres humillantes, de trabajos y dolores, por consiguiente, de tentaciones terribles.

Mientras en lo exterior todo lucha contra él, se vé precisado á sostener dentro de sí mismo una guerra más terrible. Rodeado de enemigos, invisibles, encarnizados, infatigables, de una malicia y un poder, cuyos limites les son desconocidos, para colmo de su daño lleva en sí mismo potencias noche y dia atentas á combatirle. Redes de todo género están siempre tendidas á cada uno de sus sentidos, y el bien mismo se convierte para él en ocasion de caída: tal es el hombre (1).

¡Y bien! Este sér tan frágil, tan combatido, tan expuesto á perecer, que el espesor de un cabello, un simple pensamiento malo le separa del abismo, luchará sesenta años sin caer; ó si cae alguna vez, se levantará, volverá á tomar

1. Tal ha sido siempre Su triste condicion, descrita por San Agustin, se puede esperar que mueva á compasion. "Vita hæc, vita misera, vita caduca, vita incerta, vita laboriosa, vita inmunda, vita domina malorum, regina superbiorum, plena miseris et erroribus. . . quam humores tumidant, dolores extenuant et ardores exsiccant, aer morbidat, escæ infant, jejunia macerant, joci dissolvunt, tristitiæ consumunt, sollicitudo coarctat, securitas hebetat, divitiæ infant et jactant, paupertas dejicit, juventus extollit, senectus incurvat, infirmitas frangit, mæror deprimit. Et his malis omnibus mors furibunda succedit. *Meditat.*, XXI.



ánimo, y á pesar de la naturaleza, á pesar del infierno, á pesar de sí mismo, quedará victorioso en el postrer combate.

Pero rechazar al enemigo no sería más que una parte de su gloria. Ved á este hijo del polvo y de la corrupcion tomar la ofensiva y elevarse por el heroismo de sus virtudes hasta á la semejanza de Dios; vedle despues llevando la guerra al corazon mismo del imperio enemigo, destruyendo las ciudades de Satanás, arrancándole sus víctimas, plantando el estandarte de la cruz sobre las ruinas de sus templos, curando á los que el enemigo habia herido, salvando á los que habia perdido, y á costa de su propia sangre con generosa alegría derramada haciendo florecer la humildad, la caridad, la virginidad en millones de corazones hasta entonces esclavos del orgullo, del egoismo y del placer.

Este espectáculo que los ángeles admiran y que excitaria su envidia si los ángeles pudieran ser envidiosos, jamás se habria verificado sin la lucha. Gracias á esta, todos los siglos lo han presenciado, todos lo presenciarán; y en el gran dia de las manifestaciones supremas las naciones reunidas acogerán con inmensas aclamaciones este magnífico triunfo de la gracia, que Dios mismo coronará con eterna gloria haciendo sentar al vencedor en su propio trono. *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in trono meo. (Apoc. III, 21).*

Además, hay que fijarse bien en que no es Dios quien ha dado al demonio su terrible imperio sobre el hombre; ha sido el hombre. El poder del demonio le viene de su misma naturaleza. Es ángel, y el pecado no le ha hecho perder nada de sus dones naturales, ni de su fuerza, ni de su inteligencia, ni de su actividad prodigiosa. El imperio natural que tiene sobre nosotros, lo ejerce con más ó menos extension, segun los designios divinos, y muy frecuentemente segun el permiso que nosotros mismos tenemos la imprudencia de

concederle. En el primer caso, el poder del diablo, como se vé en el ejemplo de Job y de las Apóstoles, (1) se contrapesa por el de la gracia, en forma que la victoria nos es siempre posible y aún podemos reportar mayor ventaja del combate: "Dios es fiel, dice San Pablo, y no permitirá que seais tentados más de lo que permiten vuestras fuerzas; sino que hará que saqueis provecho de la tentacion, á fin de que podais perseverar." (2)

En el segundo caso el hombre solo á sí mismo debe culparse del poder tiránico del demonio. Así, Adan conocia mucho mejor que nosotros el mundo angélico. (3) En el momento de la tentacion, sabia perfectamente cuánto era el poder temible de Lucifer y á que tirano se vendia desobedeciendo á Dios. Poseia además todos los medios para permanecer fiel y conocia los motivos. Para honrarle igualmente que á los ángeles, Dios le habia dado el libre albedrío.

El criador, cuya sabiduría habia vinculado la bienaventuranza sobrenatural de los espíritus angélicos á un esfuerzo meritorio de los mismos; ¿tenia acaso obligacion de criar impecable al hombre ó de coronarle sin combate? Pues, á pesar de las luces de su razon, á pesar del grito de su conciencia, á pesar de los auxilios de la gracia, Adan desobedece á Dios por obedecer al demonio y se hace esclavo de éste. En todo esto Dios no tiene parte alguna activa. El poder tiránico del demonio sobre el primer hombre es obra del primer hombre.

La tentacion de Adan es el tipo de todas las demás. Cuando sucumbimos en ellas, nos entregamos voluntariamente

1. *Job.*, I, 12; *Luc.*, **XXII**, 31.

2. *I Cor.*, **X**, 13.

3. *S. Th.*, I, p. q. **XC**, art. 2.